

## ORTEGA Y GASSET — SU PENSAMIENTO EN TORNO A LA UNIVERSIDAD

Por el Arq. Roberto L. Bergés

El concepto usual de crisis universitaria involucra generalmente la lucha abierta entre una masa estudiantil insatisfecha o politizada que exige cambios radicales en las estructuras institucionales o reclama determinados derechos no tradicionales que son negados por las autoridades constituidas, o bien movimientos de carácter político que utilizan a la universidad como plataforma de acción y base de operaciones para producir cambios sustanciales en los sistemas de gobierno o en las normas y costumbres imperantes. En nuestros tiempos hemos visto algunos ejemplos patentes de esta tipología de crisis universitaria. Basta mencionar la gran crisis de la universidad norteamericana en la década de los sesenta, cuando un movimiento nacional de la juventud cuestionó seriamente los valores caducos de una sociedad consumista y se adhirió

ruidosamente a la dinámica de los derechos civiles de las minorías raciales, o la crisis universitaria de Francia a finales de esa misma década, cuando las masas estudiantiles se lanzaron a las calles, rememorando los tiempos de la revolución francesa, en pos de cambios sustanciales en el "establishment" político, o bien las crisis universitarias recientes en América Latina, donde las banderas de autonomía, fuero, co-gobierno y derechos estudiantiles sirvieron de frente y justificación para el enclave y adquisición de poder de determinadas tendencias e ideologías políticas.

Se ignora, o generalmente se pasa por alto, que este tipo de crisis, violenta y vociferante, militante y agresiva, constituye en esencia un episodio pasajero que muchas veces refleja más bien o constituye en realidad el resultado de otras crisis, más profundas, más trascendentes, que involucran no solamente la institución universitaria "per se," sino además y sobre todo un doloroso cuestionamiento de los valores y usos vigentes en la sociedad en general. Y es que la universidad es un microcosmos altamente representativo de esa sociedad donde ella está inmersa, y por tanto debe más bien auscultar y responder a estas crisis de fondo, con una definición más certera de su misión.

Ortega y Gasset, ese gigante del pensamiento hispánico, vislumbró esta verdad contundente con profunda y perspicaz intuición, cuando nos llamó la atención sobre la esterilidad de copiar modelos y tipologías extrañas. Citémoslo: "Razonamiento erróneo de los mejores: la vida inglesa ha sido, aún es, una maravilla; luego las instituciones inglesas de segunda enseñanza tienen que ser ejemplares porque de ellas ha salido aquella vida. la ciencia alemana es un prodigio, mientras la Universidad Alemana es una institución modelo, puesto que engendra aquélla. Imitemos las instituciones secundarias inglesas y la enseñanza superior alemana.... Esto nace de un error fundamental que es preciso arrancar de las cabezas y consiste en suponer que las naciones son grandes porque su escuela elemental, —secundaria o superior— es buena.... Ciertamente, cuando una nación es grande, es buena también su escuela. No hay nación grande si su escuela no es buena. Pero lo

mismo debe decirse de su religión, de su política, de su economía y de mil cosas más. La fortaleza de una nación se produce íntegramente... Principio de educación: la escuela, como institución... depende mucho más del aire público en que íntegramente flota que del aire pedagógico artificialmente producido dentro de sus muros.”

Es lógico deducir de este simplísimo razonamiento — y las verdades más contundentes generalmente pueden ser expresadas de la manera mas sencilla — que cuando el cuerpo social de una nación está enfermo, cuando la religión, la política, la economía, en fin, el modo de ser y el estilo de vida se han deteriorado, la universidad estará necesariamente en crisis.

Si examinamos con riguroso método la historia de la Universidad, veremos cómo sus crisis internas son esencialmente reflejo del rechazo de normas tradicionales en la sociedad, de búsqueda de nuevos rumbos, de inconformidad radical con el “status quo.” Así pasó en el Siglo XVIII, en pleno enfrentamiento entre una cosmovisión idealista y otra donde imperó el voluntarismo y el romanticismo. Así aconteció en el Siglo XIX, cuando los nuevos valores del positivismo se enfrentaron con el tradicionalismo escolástico. Así ha vuelto a suceder en pleno Siglo XX con la dicotomía entre el materialismo a ultranza — representado por el determinismo histórico por un lado y el consumismo radical por el otro — y los valores del humanismo cultural.

En nuestros días, a pesar de que aparentan haber pasado a la historia las rebeliones estudiantiles, a pesar de que nuestros estudiantes parecen preocuparse casi exclusivamente por su superación individual y sus necesidades e inquietudes personales así como su integración al mundo profesional y económico, estamos posiblemente frente a una de las más profundas crisis universitarias. Se trata de una crisis de valores, de una crisis de identidad, de una crisis existencial, la más honda y significativa crisis, por tanto, por la que puede pasarel hombre o la sociedad.

¿De donde proviene fundamentalmente esa gran crisis de valores? ¿Cómo hemos llegado al aterrador concepto de que un hombre vale por lo que tiene y no por lo que es? ¿Cómo se genera el triste espectáculo de políticos que pregonan insistentemente unos valores, hasta que llegan al poder, y entonces viven otros? ¿Que mecanismos han dado lugar a que una actividad tan trascendente como la educación superior pueda ser considerada hoy día en determinadas esferas como un mero negocio, una actividad puramente lucrativa? Analicemos algunos conceptos de Ortega y Gasset sobre la situación contemporánea:

“Ha sido menester esperar hasta los comienzos del Siglo XX para que se presenciase un espectáculo increíble: el de la peculiarísima brutalidad y la agresiva estupidez con que se comporta un hombre cuando sabe mucho de una cosa e ignora de raíz todas las demás. El profesionalismo y el especialismo, al no ser debidamente compensados, han roto en pedazos al hombre...”

“El caracter catastrófico de la situación presente... se debe a que el inglés medio, el francés medio, el alemán medio son incultos, no poseen el sistema vital de ideas sobre el mundo y el hombre correspondientes al tiempo. Ese personaje medio es el nuevo bárbaro, retrasado con respecto a su época, arcaico y primitivo en comparación con la terrible actualidad y fecha de sus problemas.”

“Porque no hay remedio ni evasión posible: el hombre vive siempre desde unas ideas determinadas que constituyen el suelo donde se apoya su existencia. Esas que llamo ‘ideas vivas o de que se vive’ son, ni más ni menos, el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuales son más estimables, cuales son menos... Esta interpretación es el repertorio de convicciones o ‘ideas’ sobre el Universo y sobre sí mismo a que arriba me refiero y que — ahora se ve claro — no pueden faltar en vida alguna.”

“Hoy atravesamos — contra ciertas presunciones y apariencias — una época de terrible incultura. Nunca tal vez el hombre medio ha estado tan por debajo de su propio tiempo, de lo que ésta demanda. Por lo mismo, nunca han abundado tanto las existencias falsificadas, fraudulentas.”

“Por eso es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esa es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser antes y más que ninguna otra cosa la Universidad.”

Esto parece ser el gran reto de la Universidad contemporánea. La búsqueda, rescate, preservación y transmisión de un conjunto de valores, de una cosmovisión, de estilo de vida, de una calidad vivencial, que no solamente refleje la personalidad cultural contemporánea y esté en consonancia con el estadio tecnológico y científico de la sociedad moderna, sino que además le garantice al hombre una identidad cultural y una dignidad humana que trascienda la mera lucha banal por la supervivencia física o por la estéril búsqueda y adquisición de bienes materiales. He aquí la cuestión vital, el desafío de nuestra generación!

## II.— LA TAREA FUNDAMENTAL.—

“Hay que acabar para siempre con cualquiera vagarosa imagen de la ilustración y la cultura, donde estas aparezcan como aditamento ornamental que algunos hombres ociosos ponen sobre su vida. No cabe tergiversación mayor. La cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son un atributo del hombre.”

‘El hombre a veces no tiene manos; pero entonces no es tampoco un hombre, sino un hombre manco. Lo mismo, sólo que mucho más radicalmente, puede decirse que una vida sin cultura es una vida manca, fracasada y falsa....’

“La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento: trabaja por encontrar en la selva ‘vías’, ‘caminos’; es decir: ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas es la cultura en el sentido verdadero de la palabra; todo lo contrario, pues, que ornamento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento.”

Estas palabras de Ortega y Gasset constituyen el meollo de la cuestión académica.

Si la Universidad pretende ser un instrumento de desarrollo y superación del hombre, no una fábrica de tecnócratas espiritualmente e intelectualmente mancos y ciegos. Si hemos de producir cambios sustanciales en nuestra enferma sociedad contemporánea, imbuida de criterios materialistas, dominada por excesos consumistas, vapuleada por constantes confrontaciones en pos de poderes y hegemonías, debemos necesariamente dotar a las nuevas generaciones de un conjunto de valores y de actitudes que propendan a la paz, a la justicia social, a la convivencia pacífica, a la vocación de servicio, a la solidaridad humana, en fin, a todos aquellos elementos que conformen una nueva cosmovisión capaz de transformar nuestro mundo a través de la afirmación de los valores más trascendentes de la civilización.

Nuestra sociedad contemporánea ha hecho una mística, un credo, casi podríamos decir una religión, del crecimiento material. Los analistas políticos y los economistas de nuestro mundo actual cifran sus cálculos y basan sus evaluaciones y pronósticos en indicadores cuyos parámetros se limitan casi exclusivamente a los aspectos cuantitativos de nuestras comunidades. La solución de todos nuestros problemas, la salvación de nuestras masas marginadas, el advenimiento de la justicia social y distributiva, la vemos hoy día en función de aumentos de producción, de ingresos per cápita, de aceleración de factores puramente económicos.

El espíritu humano, sin embargo, ha trascendido siempre este enfoque limitativo y casi denigrante de su esencial naturaleza. Las características fundamentales que definen nuestra especie están relacionadas más bien con tres grandes vertientes de nuestra idiosincracia: el saber, el pensar, y el sentir desde aquellos gloriosos días del racionalismo humanista del pueblo helénico, cuando Sócrates afirmaba que “yo solo sé que no sé nada,” el hombre se reconoció así mismo como una maravillosa entidad con plena consciencia del vastísimo universo de conocimientos que le era dado perseguir.

Cuando Descartes, por otra parte, y ya en los tiempos casi de los racionalistas iluminados, emite su famosa frase “cogito ergo sum” (pienso, por tanto existo), establece un punto de vista de gran perspicacia y precisión para distinguir al hombre como un ente de extraordinaria singularidad en el reino animal. Jean Paul Sartre, por último, y en nuestros días, fija como condición determinante del carácter existencial la percepción o consciencia del ser, cualidad únicamente encontrada, dentro de toda la fauna biológica, en el hombre.

Así pues, son éstas, y no otras, las características que constituyen esencia vital de nuestras comunidades humanas. En la medida en que el hombre ha respondido a estas fundamentales inquietudes y se ha reconocido a sí mismo como un ser capaz de trascender la mera lucha banal por la supervivencia física y cultivar su naturaleza espiritual y cognoscitiva, ha podido crear equilibrio, ordenamiento y paz. En la medida, por otra parte, en que nos hemos alejado de esta fundamental naturaleza humana, hemos creado el caos, el desorden y la violencia institucionalizada.

Es refrescante y alentador observar como aún en nuestros días, algunas mentes esclarecidas de importantes analistas de nuestro acontecer histórico-social, aceptan y exaltan estas premisas como esenciales para transformar nuestra convulsionada sociedad contemporánea. Intelectuales del calibre de Arnaldo Toynbee, Julian Huxley, Pedro Henríquez Ureña,

H. G. Wells, y Lewis Mumford, predicando un retorno a los valores culturales que hemos perdido en nuestra búsqueda estéril del máximo bienestar material, fuente irremisible de la contaminación de nuestro ambiente, del deterioro de la calidad de la vida, y de contiendas fratricidas que amenazan con la exterminación de la especie humana.

Así pues, Ortega y Gasset acertó brillantemente en su definición del rol esencial de la Universidad. Cualquier re-evaluación, cualquier reforma, cualquier reorientación, deberá estar necesariamente afinada en el reconocimiento de su tarea fundamental, en la nítida definición de su misión esencial. Ponderemos nuevamente algunos conceptos de Ortega y Gasset sobre este asunto tan vital:

“La reforma universitaria no puede reducirse a la corrección de abusos, ni siquiera consistir principalmente en ella. Reforma es siempre creación de usos nuevos. Los abusos tienen siempre escasa importancia. Porque una de dos: o son abusos en el sentido de más natural de la palabra, es decir, casos aislados, poco frecuentes, de contravención a los buenos usos, o son tan frecuentes, consuetudinarios, pertinaces y tolerados que no ha lugar a llamarlos abusos. En el primer caso es seguro que serán corregidos automáticamente; en el segundo, fuera vano corregirlos, porque su frecuencia y naturalidad indican que no son anomalías, sino resultado inevitable de los usos, que son malos. Contra estos habrá que ir y no contra los abusos.”

“Todo movimiento de reforma reducido a corregir los chabacanos abusos que se cometan en nuestra Universidad llevará indefectiblemente a una reforma también chabacana.”

“Lo importante son los usos. Es más: un síntoma claro en que se conoce cuando los usos constitutivos de una institución son acertados es que aguanta sin notable quebranto una buena dosis de abusos, como el hombre sano soporta excesos que aniquilarían al débil. pero a su vez una institución no puede constituirse en buenos usos si no se ha acertado con todo rigor al determinar su misión. Una institución es una máquina y toda su estructura y funcionamiento han de ir prefijados por el que de ella se espera. En otras palabras: la raíz de la reforma



universitaria está en acertar plenamente con su misión. Todo cambio, adobe, retoque de esta nuestra casa que no parta de haber revisado previamente con enérgica claridad, con decisión y veracidad el problema de su misión serán penas de amor perdidas.”

He ahí pues, el meollo de la cuestión, la tarea fundamental de la Uiverdad!

### III.— LA UNIVERSIDAD Y LA COMUNIDAD.—

Afirmado el criterio de que la tarea fundamental de la Universidad consiste en proveer al hombre de una cosmovisión que le permita desenvolverse en la vida a partir de unos criterios y conocimientos tecnológicamente, culturalmente y éticamente apropiados y razonables para su contexto histórico y social, cabe, desde luego, cuestionarnos acerca de ciertos aspectos de gran vigencia y relevancia en nuestro mundo académico contemporáneo.

Como suele pasar en tantas esferas de lo humano, la historia se repite, pero no exactamente dentro del mismo marco de contingencias sociales y culturales. De todas maneras, el hombre ha logrado su extraordinario desarrollo y dominio de su medio ambiente debido a un hecho fundamental, su capacidad de aprendizaje, su cualidad de ser pensante, su destreza para construir a través de las generaciones un sistema cultural o conjunto de ideas, costumbres, conocimientos, estructuras y mecanismos que le permitan afrontar su medio con recursos que trascienden lo meramente físico.

Así pues, las cuestiones que nos preocupan en este momento, los problemas que nos afectan, han sido generalmente tratados y afrontados en otras ocasiones y en otros contextos sociales e históricos.

En el caso específico de Ortega y Gasset, su momento histórico es tan cercano al nuestro que pudo vislumbrar problemas prácticamente antes de que se convirtiesen en crisis, señalando sus posibles soluciones y medios para prevenirlos. Veamos algunas de las cuestiones vitales que nos inquietan hoy

día, y consideremos los conceptos externados por Ortega y Gasset acerca de los mismos.

¿Debe la Universidad incidir en la vida pública de la comunidad? ¿Cómo? ¿Debemos emular soluciones exitosas en otras sociedades para “quemar etapas” históricas? ¿Cuál es el rol de las ciencias y la investigación en la Universidad?

En cuanto a la primera interrogante, hemos experimentado en años recientes la esterilidad de la conmoción estudiantil en la Universidad, lo cual ha causado una retracción y una pasividad que pueden ser también negativas. La Universidad debe ser orientadora de la comunidad, a un nivel de sobriedad, racionalidad e imparcialidad que le granjeeen el respeto y la adhesión de la sociedad a la que ella sirve. De no ser así, ese rol lo toman otros, muchos menos preparados, mucho menos racionales, mucho menos capacitados para distinguir el humo, el ruido y la alharaca de la diaria banalidad, de lo que es la verdad, como la Prensa. Citemos a Ortega y Gasset:

“La vida pública necesita urgentemente la intervención en ella de la Universidad como tal... hoy no existe en la vida pública más ‘poder espiritual’ que la Prensa... La vida pública se ha entregado a la única fuerza espiritual que por oficio se ocupa de la actualidad: la Prensa.”

“Yo no quisiera molestar en dosis apreciable a los periodistas. Entre otros motivos porque tal vez yo no sea otra cosa que un periodista. Pero es ilusorio cerrarse a la evidencia con que se presenta la jerarquía de las realidades espirituales. En ellas ocupa el periodismo el rango inferior. Y acaece que la conciencia pública no recibe hoy otra presión ni otro mando que los que le llegan de esa espiritualidad ínfima resumada por las columnas del periódico... Por dejación de otros poderes, ha quedado encargado de alimentar y dirigir el alma pública el periodista, que es no sólo una de las clases menos cultas de la sociedad presente, sino que por causas, espero, transitorias, admite en su premio a pseudointelectuales chafados, llenos de resentimiento y de odio hacia el verdadero espíritu. Ya su profesión los lleva a entender por realidad del tiempo lo que momentáneamente mete ruido, sea lo que sea, sin perspectiva ni

arquitectura. La vida real es de cierto pura actualidad, pero la visión periodística deforma esta verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante. De aquí que en la conciencia pública aparezca el mundo bajo una imagen rigurosamente invertida. Cuanto más importancia substantiva y perdurante tenga una cosa o persona menos hablarán de ella los periódicos y, en cambio, destacarán en sus páginas lo que agota su esencia con ser un 'suceso' y dar lugar a una noticia.... No poco del vuelco grotesco que hoy padecen las cosas... se debe a ese imperio indiviso de la Prensa, único 'poder espiritual'.... Es, pues, cuestión de vida o muerte.... rectificar tan ridícula situación. Para ello tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio – cultural, profesional o científico. De este modo no será una institución sólo para estudiantes.... sino que, metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un 'poder espiritual' superior frente a la Prensa, representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad y la franca estupidez.”

En lo que concierne a la moda más incisiva de nuestra sociedad en las últimas décadas, copiar lo extranjero, esa moda que nos ha traído edificios en terrazas de las latitudes nórdicas en un país donde debemos huir del sol, que ha impuesto modos de vivir y vestir tan ajenos a nuestra idiosincracia, que amenaza con borrar nuestros vestigios culturales y convertirnos en un pueblo sin historia y sin raíces y por ende en un pueblo alienado, es evidente que en el campo de lo académico debemos tomar decisiones o rutas que serán determinantes de nuestro futuro.

¿Debemos imitar el exitoso “junior college” o el influyente “land-grant college” de EE.UU.? ¿Los institutos de investigación europeos? ¿La proliferación universitaria del Japón (446 universidades para 3,000,000 de estudiantes)? ¿El co-gobierno hispano-americano?

Vemos las ideas de Ortega y Gasset al respecto:

“No censuro que nos informemos mirando al prójimo ejemplar; al contrario, hay que hacerlo, pero sin que ello pueda eximirnos de resolver luego nosotros originalmente nuestro propio destino. Con esto no digo que hay que ser ‘castizo’ y demás zarandajas. Aunque, en efecto, fuésemos todos — hombres o países — idénticos, sería funestas la imitación. Porque al imitar eludimos aquel esfuerzo creador de lucha con el problema que puede hacernos comprender el verdadero sentido y los límites o defectos de la solución que imitamos... No importa que lleguemos a las mismas conclusiones y formas de otros países; lo importante es que lleguemos a ellas por nuestro pie, tras personal combate con la cuestión substantiva misma.”

“Por contentarse con imitar y eludir el imperativo de pensar o repensar por sí mismos las cuestiones, nuestros profesores mejores viven en todo con un espíritu quince o veinte años retrasado, aunque en el detalle de sus ciencias estén al día. Es el retraso trágico de todo el que quiere evitarse el esfuerzo de ser auténtico, de crear sus propias convicciones. El número de años de este retraso no es casual. Toda creación histórica — ciencia, política — proviene de cierto espíritu o modalidad de la mente humana. Esa modalidad aparece con una pulsación o ritmo fijo — con cada generación. Una generación, emanando de su espíritu, crea ideas, valoraciones, etc. El que imita esas creaciones tiene que esperar a que estén hechas, es decir, a que concluya su faena la generación anterior, y adopta sus principios cuando empieza a decaer y otra nueva generación inicia ya su reforma, el reino de un nuevo espíritu. Cada generación lucha quince años para vencer y tienen vigencia sus modos otros quince años. Inexorable anacronismo de los pueblos imitadores o sin autenticidad.”

“Búsqese en el extranjero información, pero no modelo”.

Es evidente, por este razonamiento, que el pueblo imitador no “quema etapas,” sino que más bien está destinado inexorablemente al atraso social y tecnológico.

En lo que respecta, por último, al rol de las ciencias en la Universidad, es importante revisar nuevamente los conceptos

Ortegüianos sobre el particular, ya que aquí también nos podemos sentir tentados a copiar las formas y modos del extranjero. Veamos:

“Ciencia no es cuelaquier cosa. No es ciencia comprarse un microscopio o barrer un laboratorio; pero tampoco lo es explicar o aprender el contenido de una ciencia. En su propio y auténtica sentido, ciencia es sólo investigación; plantearse problemas, trabajar en resolverlos y llegar a una solución. En cuanto se ha arribado a ésta todo lo demás que con esta solución se haga ya no es ciencia. Por eso no es ciencia aprender una ciencia ni enseñarla, como no es usarla ni aplicarla. Tal vez convenga... que el hombre encargado de enseñar una ciencia sea por su persona un científico. Pero en puro rigor no es necesario y de hecho ha habido y hay formidables maestros de ciencias que no son investigadores, es decir, científicos. Basta con que sepan su ciencia. Pero saber no es investigar. Investigar es descubrir una verdad o su inverso: demostrar un error. Saber es simplemente enterarse bien de esa verdad, poseerla una vez hecha, lograda.”

“Es preciso separar la enseñanza profesional de la investigación científica y que ni en los profesores ni en los muchachos se confunda lo uno con lo otro, so pena de que, como ahora, lo uno dañe a lo otro... El médico tiene que aprender a curar y, en cuanto médico, no tiene que aprender más. Para ello necesita conocer el sistema de la fisiología clásica en su tiempo; pero ni necesita ser ni hay que soñar en que sea, hablando en serio, un fisiólogo. ¿Por que empeñarse en lo imposible? No comprendo. A mi me produce repugnancia ese prurito de hacerse ilusiones... esa constante megalomanía, ese utopismo obstinado en fingirse que se consigue lo que no se consigue.”

Lo mismo, desde luego, podría decirse del ingeniero civil con respecto a la física y las matemáticas; del arquitecto en relación con la sociología y la arqueología; del agrónomo con relación a la biología y la botánica, etc. Es decir, es preciso darle autenticidad a nuestros enfoques; la enseñanza de ciertos contenidos de las ciencias es una cosa, que se debe realizar como

mero instrumento práctico para ejercer determinadas profesiones; el conocimiento del método científico y de la historia de las ciencias es otra cosa, que se debe enfocar como preparación cultural de todo hombre moderno; y la práctica de la investigación científica es aún otra, para aquéllos con vocación y aptitud para poder hacerlo. La Universidad tiene el deber de proveer estos tres caminos de las ciencias, para formar técnicos y profesionales de gran capacidad profesional, hombres dotados de una cosmovisión capaz de convertirlos en útiles servidores de su comunidad, y científicos que logren descubrir nuevas verdades para el mejoramiento de nuestro medio y de la calidad de la vida. Pero jamás confundir un camino con el otro, pues estaremos así perdiendo el tiempo y haciéndole un flaco servicio a nuestra comunidad.

## BIBLIOGRAFIA

- *Misión de la Universidad* — José Ortega y Gasset
- *Pedagogía y Anacronismo* — José Ortega y Gasset
- *En el Centenario de una Universidad* — Conferencia en la Universidad de Granada de Ortega y Gasset
- *Instituto de Humanidades Programa* — José Ortega y Gasset
- *Apuntes sobre el pensamiento* — José Ortega y Gasset
- *Historia como Sistema* — José Ortega y Gasset
- *Sobre las Carreras* — José Ortega y Gasset  
(Fragmentos de un curso universitario)
- *Boletín No. 1 del Instituto de Humanidades* — José Ortega y Gasset